

GREGARIO

Charly Wegelius y Tom Southam

Traducción de Roberto Falcó Miramontes

CONTRA

© Charly Wegelius, 2013

Publicado originalmente con el título de *Domestique* por Ebury Press, un sello de Ebury Publishing. Ebury Publishing forma parte del grupo Penguin Random House.

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Roberto Falcó Miramontes

Diseño y maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Junio de 2016

© 2016, Contraediciones, S.L.

Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª

08017 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2016, Roberto Falcó Miramontes, de la traducción

© Timm Kölln, del retrato de Charly Wegelius de la cubierta

ISBN: 978-84-944033-8-5

Depósito Legal: DL B 11.547-2016

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Dulce bellum inexpertis

(La guerra es dulce para aquellos que no combaten)

GERARD DIDIER ERASMUS

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR

9

PREFACIO

11

PRÓLOGO

15

CAPÍTULO 1

ALGO QUE TENÍA QUE HACER

23

CAPÍTULO 2

UNA AMBICIÓN VORAZ

49

CAPÍTULO 3

PER VINCERE!

67

CAPÍTULO 4

LA VUELTA: UNA DISTRIBUCIÓN DE RECURSOS

89

CAPÍTULO 5

LA OFICINA DE CORREOS

105

CAPÍTULO 6

GIRO DE ITALIA

125

CAPÍTULO 7
NO APTO PARA CORRER
137

CAPÍTULO 8
«TIENI DURO»
155

CAPÍTULO 9
LIQUIGAS
163

CAPÍTULO 10
MADRID
177

CAPÍTULO 11
CUANDO TODO ENCAJA
201

CAPÍTULO 12
EL TOUR
211

CAPÍTULO 13
EL ESPECTÁCULO
231

CAPÍTULO 14
EL TOUR QUE SOBRÓ
249

CAPÍTULO 15
VUELTA A ASTURIAS, QUINTA ETAPA
267

AGRADECIMIENTOS
275

NOTA DEL AUTOR

Como la mayoría de seres humanos, nunca pensé que un día acabaría escribiendo un libro sobre mi vida. Quizá haya gente que se lo plantee, pero no era mi caso. Incluso cuando me ofrecieron la posibilidad de escribirlo, al principio no estaba seguro de que fuera la persona idónea para hacerlo. No tenía nada que confesar, aunque sí cosas que decir. Tenía que ser un buen libro.

En julio del 2011, cuando este volumen empezó a cobrar vida, yo tenía una idea clara de aquello sobre lo que quería escribir: la vida en el pelotón profesional. Sin embargo, lo sucedido en los últimos años ha hecho que me resulte muy difícil ceñirme a la idea inicial sin dedicar una parte desproporcionada de espacio a un tema que desempeñó un papel muy marginal en mi vida.

Como ciclista profesional que desarrolló su carrera entre el 2000 y el 2011, viví una época turbulenta en la que afloraron multitud de escándalos, redadas antidrogas, confesiones, acusaciones, revelaciones y todas las dificultades suscitadas por una cultura del dopaje que tan arraigada estaba en este deporte.

Así pues, me deja un sabor agri dulce saber que ahora existe suficiente interés por el deporte que amo para que un tipo como yo pueda escribir un libro que guste a la gente y que, a pesar de todo, me vea obligado a hacer un gran esfuerzo para explicar que el libro, al igual que mi carrera, no contiene historias apasionantes sobre dopaje, ni tampoco lo pretende.

Ello no quiere decir que no existiera el dopaje en mi entorno, claro. Todo aquel que tenga curiosidad puede consultar los nombres de los ciclistas para los que corrí y encontrará varios casos de dopaje. No voy a negarlo. Sin embargo, he decidido no centrarme en esos hechos.

He preferido ser fiel a mi visión del libro. Este libro, el que he querido escribir, se centra en otra cosa: en toda mi carrera como ciclista. Sí, el dopaje aparece un par de veces —era imposible evitarlo por completo—, pero quería transmitir la idea de que esas escasas menciones reflejan la poca importancia que tuvo en mi vida como ciclista. Había tantas otras cosas a las que hacer frente, tantos aspectos de mi profesión que tener en cuenta.

El papel que desempeñé durante once largos años, el de gregario, el soldado de infantería del ciclismo, se convirtió a menudo en una tarea ingrata, en precario equilibrio entre los lodos y el firmamento de las estrellas. Esta es la única historia que me siento capacitado para contar, la de las experiencias vitales que he tenido.

Puedo asegurarte que, al narrar esta historia de este modo, he dejado fuera a algunas personas. A algunas las he protegido de forma involuntaria. Si lo he hecho así, su ausencia no es más que una forma de devolverles los gestos de amabilidad que tuvieron conmigo. Hay otras personas que se comportaron de un modo opuesto y a las que me he visto obligado a proteger a instancias de mis abogados, «que saben lo que me conviene». A esas personas les digo una cosa: habéis tenido suerte, cabrones.

Sea como sea, puedo asegurarte con toda sinceridad que he dejado muy pocas cosas por contar sobre mí, y eso, a fin de cuentas, es lo único que en realidad puedo hacer.

Charly Wegelius
Febrero de 2013

PREFACIO

Podría decirse que este libro empieza el día que conocí a Charly Wegelius: en el Mundial de Ciclismo en Ruta de 1999, celebrado en Verona.

Quedé fascinado por Charly cuando lo conocí en la habitación de Mike Taylor, en el hotel Antico Termine. Yo sabía que Charly acababa de firmar su primer contrato profesional, y cuando lo vi, lo único que pude hacer fue preguntarme: «¿Cómo lo hiciste?».

Cuando vi a Charly en carne y hueso ese día, lo vi del mismo modo en que lo han visto miles de personas a pie de carretera durante todos estos años: como alguien digno de admirar por las cualidades atléticas y profesionales demostradas encima de una bicicleta de carrera. En esa época, yo estaba obsesionado, como lo había estado él, con la idea de ser ciclista profesional. Nada deseaba más que ser ciclista y, al haber crecido en el Reino Unido en los ochenta, había estado tan alejado de ese mundo que los ciclistas profesionales me parecían auténticos dioses.

Y ahí estaba un hombre que veía el ciclismo como yo, que venía del mismo lugar que yo y que, de algún modo, se había salido con la suya. Había cruzado la línea divisoria, había dejado atrás el lugar donde yo me encontraba y estaba donde yo anhelaba. Tenía cuatro años más que yo y, con un contrato profesional en el bolsillo, Charly Wegelius me parecía un hombre que había conseguido algo casi imposible.

Seguí los pasos de Charly hacia el pelotón profesional mientras yo, con grandes dificultades, intentaba lo propio, y con los años nos hicimos amigos. Sin embargo, nuestros caminos se separaron bruscamente cuando, tras solo tres años en el pelotón, cogí y dejé el mundo del ciclismo profesional europeo. Había descubierto que no se parecía en nada a lo que imaginaba y decidí hacer las maletas.

A pesar de todo, conservamos nuestra amistad y Charly siguió adelante con su carrera, cada vez con más éxito, mientras que yo me dediqué a escribir. Nuestros caminos se cruzaron de nuevo profesionalmente —aunque en circunstancias totalmente distintas— cuando surgió la oportunidad de escribir esta historia juntos. Era una historia que yo conocía bien porque, al igual que Kurt Vonnegut sentado junto a Billy Pilgrim en las letrinas de su obra maestra *Matadero cinco*, en muchos de los hechos que se narran en este libro yo también estaba ahí.

Yo estaba en Verona cuando Charly era el corredor más admirado del ciclismo británico, y fui testigo de la incómoda sensación que se produjo en los Mundiales de Plouay al cabo de un año. Ocupé en varias ocasiones la habitación de invitados que tenía en su inhóspito apartamento, con la nevera siempre vacía, cuando corría para De Nardi, y también estuve ahí, dándole relevos, cuando cometió el mayor error de su carrera.

Yo sabía qué se sentía al ser uno más del pelotón, e intentar ser una persona decente a pesar de los puñales que volaban en el día a día de este deporte.

Pero, a pesar de todo, no estaba seguro de que este fuera el libro que yo quería escribir. El hecho es que, por muy sincero que haya sido con respecto a su vida en la época en que ambos fuimos ciclistas, yo nunca había podido desprenderme de la sensación de que Charly Wegelius lo había tenido todo planeado desde el principio.

De hecho, hasta que, una mañana de diciembre del 2011, no me senté con él ante un par de Negronis para hablar del libro, no me di cuenta de lo precaria que había sido también su vida como ciclista. Supe entonces que este era el libro que quería escribir porque entendí que la suya era una historia ciclista que no se había contado.

Era la historia que ambos habíamos querido que la gente conociera, la historia del pelotón, la historia de los ciclistas que van a trabajar a diario y sacrifican toda su vida —novias, trabajos, esposas e, incluso, su preciada juventud— para estar ahí y entregarse en cuerpo y alma a cambio de un salario poco más generoso que el de la media y de la simple oportunidad de volver a empezar de nuevo al día siguiente.

Charly vivió la vida que se había propuesto, y lo hizo hasta el final, a pesar de lo que conllevaba y de las múltiples cicatrices que le dejó. Charly llevó la vida que los demás no quisimos, o no pudimos, y lograr que narrara su historia no fue siempre fácil para los dos, pero había que hacerlo.

En parte, el objetivo de este libro, creía yo, era disipar el mito de que el ciclista profesional no es más que una persona normal, aunque con cierto talento físico. Sin embargo, por irónico que parezca, cuando vi los hechos que Charly expuso ante mí de forma descarada, todo aquello a lo que se enfrentó, no pude sino maravillarme ante sus logros. Fue una vida que lo obligó a sacar de sí una fuerza y una determinación descomunales para poder sobrevivir. Y, aun así, no se parecía en nada a la vida que Charly había concebido.

Gracias a la experiencia de escribir este libro, y después de conocer a Charly durante tantos años, tengo las respuestas sobre cómo y por qué llegó a donde llegó. Pero, aun sabiendo todo eso, a pesar de las pilas de documentos, de las entrevistas grabadas y de los cientos de conversaciones que hemos mantenido para dar vida a este libro, hay una parte de mí que aún se pregunta: «¿Cómo lo hiciste?».

*Tom Southam
Diciembre de 2012*

PRÓLOGO

Vivo con miedo, y probablemente esta sensación es lo que me motiva a comportarme de un modo correcto la mayoría de las veces porque, en realidad, estoy cagado de miedo.

Cuando supe, y me refiero a cuando supe de verdad, que iba a convertirme en ciclista profesional, estaba en el rodillo, justo antes de disputar los Mundiales Contrarreloj Sub-23 en Verona, en octubre de 1999.

En ese campeonato siempre hay un runrún porque la categoría sub-23 está llena de corredores que van locos por pasar a profesionales. Es la culminación de la corta vida de una gran parte de esos jóvenes que, debido a su inexperiencia, se implican mucho emocionalmente con todo lo que los rodea. Se trata, pues, de un acontecimiento impregnado de una tensión inevitable.

La competencia por llegar al mundo profesional es feroz, y una contrarreloj no es como una prueba de carretera, en la que puedes rodar al amparo de un grupo de compañeros de equipo antes de empezar. En las pruebas contrarreloj todo el mundo calienta individualmente en rodillos, a pocos metros de los chicos con los que llevas compitiendo todo el año; corredores hacia los que has desarrollado, de forma consciente o no, una profunda antipatía, sin tan siquiera conocerlos. Todo el mundo siente envidia de todo el mundo.

Odio ese tumulto: la prensa, los agentes, los demás corredores y toda la mierda que arrastran consigo las grandes expectativas. Pero

ese día, mientras empezaba a calentarse rodeado de mi séquito de ayudantes y observadores, vi a dos hombres vestidos con chaqueta azul que se abrían paso hacia mí. Las chaquetas lucían el estampado de los cubos multicolor del logotipo de Mapei, lo que permitía que cualquier aficionado al ciclismo los identificara al instante como patrocinadores del equipo ciclista profesional Mapei, el más grande e icónico de la época.

Alvaro Crespi y Serge Parsani, dos de los directores del equipo, venían a saludarme. Entre las miradas de celos y de curiosidad de los demás corredores me sentía muy orgulloso por el mero hecho de que era a mí a quien iban a ver. Un alfeñique como yo había logrado que los dos directores del puto Mapei se pararan a charlar un rato. Era el puto amo.

No es fácil pensar y hablar mientras estás calentando. La sangre fluye por tus venas, el zumbido del rodillo contrasta con el bullicio de la actividad del personal del equipo y la voz atronadora de la megafonía anuncia los primeros corredores que toman la salida. Sin embargo, mientras se dirigían hacia mí, los pensamientos se agolpaban en mi cabeza, producto de la emoción. Conocía a los dos hombres de un encuentro previo, y en ese momento recordé la primera vez que me abordaron. Representaban a un equipo tan grande que ni tan siquiera me había atrevido a soñar que acabaría corriendo para ellos medio año después...

Esa profética primera reunión con el Mapei se había producido de camino a otra contrarreloj que tuvo lugar en el otro extremo del mundo, en la Trans Canada, una modesta carrera por etapas que tuvo una única edición y cuyo teórico objetivo era contribuir a la unidad del pueblo canadiense. Ese día, mientras me dirigía a la salida, Parsani me paró y me dijo: «¿Eres...?».

Me miró el dorsal, luego a mí, y yo creía que iba a preguntarme: «¿Eres tú el que sale antes que mi corredor?». Se hizo un lío intentando hablar inglés, idioma que a todas luces no dominaba, así que fue un alivio para él cuando le dije que hablaba francés. Ambos nos relajamos. Me preguntó de nuevo, esta vez en francés: «¿Eres Charly Wegelius?». Le confirmé que era Wegelius. Y me dijo sencilla-

mente: «Nos preguntábamos si te gustaría venir a correr para nuestro equipo».

Me quedé anonadado. Creía que se había confundido de ciclista o que hablaba de un equipo amateur con el que tal vez colaboraba. Pero no, se refería al Mapei y me quería a mí.

Me pidió el número de teléfono y corrí la contrarreloj hecho un puto lío. Estuve a punto de salirme de la carretera. La cabeza me iba a mil por hora. Estaba alucinado.

El problema fue que cuando Parsani me pidió un número de teléfono yo aún no me sabía el número del apartamento que había alquilado. Ni tan siquiera recordaba mi número de móvil. El único que me vino a la cabeza fue el mismo que había memorizado de niño, cuando siempre llevaba una moneda de diez peniques encima para llamar desde una cabina si me pasaba algo en alguna de mis salidas en bicicleta: le había dado a Parsani el número de teléfono de la casa de mi madre, que vivía en York.

Mientras corría la contra en un estado de tal confusión que estuve a punto de chocar, me di cuenta de que eso significaba que iba a tener que volver a casa de mi madre al acabar la carrera y esperar a que me llamaran, por mucho tiempo que pasara.

La oferta me había llegado de forma tan inesperada que me quedé petrificado ante la posibilidad de que el director del equipo llamara y no pudiera ponerse en contacto conmigo porque había salido a comprar gominolas o a pasear al perro. Me producía pavor pensar que el súbito interés que habían mostrado en mí pudiera desaparecer con la misma rapidez.

Sin embargo, tras unos cuantos días de agónica espera en casa, por fin llegó la llamada. Alvaro Crespi me llamó y me invitó a hacer unas pruebas con el equipo en Italia. El mero hecho de oír su fuerte acento italiano hizo que me emocionara. Por entonces yo había viajado bastante, pero Italia aún era un país desconocido y exótico para mí. El noroeste de Francia, donde había vivido como amateur, estaba muy de moda. Todo el mundo iba a Francia; era el extranjero, pero no era un lugar exótico. Sin embargo, Italia era otra historia. Estaba más lejos, junto al Mediterráneo, era un país intrigante y del que sabía muy poco.

Cogí el teléfono y me senté en el alféizar de la ventana, cubierto de las babas del perro, que se pasaba el día ladrando a la gente de la calle. Escuchar su acento italiano entrecortado en el teléfono azul de BT era como escuchar una voz procedente de una realidad paralela. Era alucinante. Había pasado de ser alguien por el que nadie mostraba el menor interés, ni tan siquiera equipos de medio pelo, a que me cortejara el mejor equipo del mundo. Tenía ganas de gritar: «¡Os habéis equivocado de ciclista!».

Tenía ganas de preguntar: «¿Estáis seguros de esto?».

Los franceses y los belgas seguían un proceso mucho más gradual hasta llegar al mundo profesional. El director de tu equipo te presentaba a alguien durante una carrera; salías a correr con los profesionales y sabías exactamente qué tenías que hacer y a dónde te dirigías. Pero en Inglaterra estabas totalmente aislado, no hablabas con la gente con la que competías, y mis compañeros de selección de ese año sabían aún menos que yo.

Después de la llamada, fui a hacer una prueba una semana antes del Mundial y me quedé a orillas del lago Como con mi entrenador, Ken Matheson (por entonces seleccionador de la Federación Británica de Ciclismo). Me encontraba a las puertas de un mundo increíble; los momentos en que habría necesitado un pellizco fueron innumerables. Cuando encendí el televisor y vi docenas y docenas de canales de telebasura se apoderó de mí una sensación abrumadora. Era algo exótico, en el sentido exagerado en que puede considerarse exótico un país como Italia, desde la cálida luz otoñal que hay en octubre hasta el hombre de la teletienda, tan emocionado por el valor insuperable de las gangas que anunciaba que parecía sufrir un ataque de asma.

Fui a la sede del equipo Mapei y fui testigo de su elegancia y profesionalidad; sufrí atascos de tráfico (emocionantes por sí mismos si nunca has oído esa cacofonía de bocinas), mientras el legendario entrenador Max Testa nos contaba batallitas a Ken y a mí sobre la época en que el equipo profesional Motorola había tenido la sede en Como. Era como si hubieran abierto una puerta ante mí para que la atravesara bailando a ritmo de vals. Pero me costaba creer que la hubieran abierto *para mí*.

Acabadas las tribulaciones de las pruebas para el equipo, me sentí mucho más seguro cuando vi a Crespi y Parsani en Verona, el día del Mundial, pero como aún no había firmado nada, no podía estar seguro de que el sueño fuera a hacerse realidad. Mientras proseguía con el calentamiento en Verona, Crespi y Parsani veían cómo entraba en calor, me ponía rojo por el esfuerzo y empezaba a sudar a mares a medida que se acercaba el momento de tomar la salida. Al final, decidieron que había llegado el momento adecuado. Oí las palabras que tanto anhelaba: «Todo arreglado para el año que viene. Te queremos en el equipo. Mañana iremos a verte al hotel para firmar el contrato».

Se había producido la confirmación. Iba a firmar de verdad por un equipo profesional, y, por si fuera poco, era el mejor del mundo: mi carrera como ciclista profesional iba a hacerse realidad.

Casi me caí del rodillo.

A lo largo de todo ese año, había demostrado que era uno de los mejores amateurs de Europa, pero la falta de ofertas por parte de equipos profesionales me había hecho sentir casi como un fracasado. Sin embargo, de repente el mejor equipo del mundo me confirmaba que iba a contratarme. Para el resto de gente del mundillo era una decisión lógica, pero yo no salía de mi asombro. Los acontecimientos se habían producido de un modo tan rápido y extraño que tenía la sensación de que todo era producto de una broma muy elaborada.

Fue una sensación de la que no logré desprenderme a pesar de la inmensa sensación de orgullo que sentí al firmar mi primer contrato profesional con un equipo de tanto nivel. Sin embargo, esa sensación de triunfo duró apenas un instante. Cuando la realidad de la situación cristalizó en mi cabeza, no me puse a bailar ni a celebrarlo. Me cagué encima porque no quería decepcionar a mi futuro equipo con una mala cronometrada.

Regresé del Mundial con el contrato en la mano, y Paul Sherwen me llamó para felicitarme. Paul había desempeñado un papel muy importante al principio de mi carrera y, como no podía ser de otro modo, me dijo que fichar por Mapei era algo fantástico. Pero también me dijo que iba a ser como pasar del instituto a la universi-

dad. Me advirtió que el ciclismo era un deporte duro que, hasta ese momento, había sido fácil para mí, y que no podría considerarme un profesional de verdad hasta que lograra un segundo contrato. «Hay muchos ciclistas que entran en este mundo, pero pocos son los que logran permanecer en él.»

Pasé de vivir con miedo ante la posibilidad de no llegar a firmar un contrato a vivir con miedo por no conseguir un segundo contrato. Esa llamada de Paul fijó el tono de toda mi carrera. Empecé de inmediato a hacer todo de lo que era capaz para convertirme en un corredor útil, para ser indispensable, para que se acordaran de mí cuando llegase el momento de firmar un nuevo contrato.

Creo que pasé gran parte de mi carrera pensando «Si logro salvarme ahora...» para llegar a la siguiente vuelta, a la siguiente etapa o a la siguiente temporada; una motivación negativa constante. La gente ajena a este mundo tal vez crea que los ciclistas son unos seres humanos ultramotivados que lo planean todo hasta el último detalle, todas esas chorradas del «máximo rendimiento humano», pero lo cierto es que a menudo son tonterías las que te motivan, como el hecho de que te diera vergüenza parar en las duchas porque sabes cómo te sentirás el lunes por la mañana si no has hecho un buen trabajo. En mi caso, a menudo eran detalles de ese tipo los que acababan dándome un empujoncito para tener buena conciencia.

Sherwen sabía que yo no tenía ni idea de dónde me había metido cuando firmé, todo emocionado, mi primer contrato. Durante los próximos años iba a ver la cara más dura de este deporte; iba a ser como si viera el cadáver destripado de un animal al que había matado.

Nunca sabré qué se siente al ser un gran campeón. Lo que sí puedo decir es qué se siente cuando te ganas la vida montado en una bicicleta. El trabajo de un ciclista profesional es extraordinario, pero el pelotón del ciclismo profesional está lleno de tipos normales como yo, que unas veces se sienten desprotegidos y otras confundidos, en una profesión a la que se entregan en cuerpo y alma para poder seguir formando parte de ella. Nunca he querido escribir un libro sobre el esfuerzo que supone convertirse en ciclista profesional; mi

objetivo era escribir un libro sobre la vida que llevas cuando eliges esta profesión.

Ser ciclista profesional es algo que decidí de forma consciente; había tomado esa decisión mucho antes de que dos directores del Mapei me abordaran en Canadá. Iba a hacerlo y no iba a descansar hasta que lo hubiera logrado.